

ESCENAS POLITICAS

A beneficio de inventario

Tengo para mí que la prédica abstencionista de los nacionalistas vascos ante la Constitución va a hacer caer en las urnas del referéndum un buen montón de sies en el resto del país. Es muy posible que los sermones del diputado ex jesuita señor Arzallus, pongo por ejemplo, consigan lo que no iban a conseguir las propagandas y los consejos de los partidos políticos del consenso: el voto afirmativo de muchos perezosos, de muchos indiferentes, de muchos desprecupados. Desde hace algún tiempo, y lo señaló con tristeza, se está produciendo en el país una reacción negativa hacia las maneras que usan algunos grupos políticos vascos para entrar en la democracia.

No sólo se trata de la reacción contra el terrorismo. La reacción contra el terrorismo es una reacción obvia. Su primera víctima es el propio pueblo vasco, y si en el fenómeno del terrorismo no se mezclaran tantas actitudes confusas, tantas tolerancias, tantos equívocos y tantas cobardías, habría producido el efecto contrario al que hoy me preocupa: una activa solidaridad de todo el pueblo español. Pero se trata de algo más. Se trata de los grupos políticos «abertzales», en los que de alguna manera está presente el espíritu de E. T. A. Se trata de las apologías del terrorismo que hemos escuchado en las propias Cortes, en el Congreso y en el Senado, sin que los diputados y senadores del nacionalismo vasco hayan encabezado una réplica gallarda y contundente. Se trata de los equívocos en que se debate el P. N. V. y que culminan con la actitud acordada por sus dirigentes frente al hecho constitucional.

Cuando los nacionalistas vascos han decidido convocar una manifestación contra el terror y la violencia, no se han atrevido a decir claramente dónde están hoy la violencia y el terror. Han conseguido que esa repulsa, tan necesaria, se convierta en una liturgia más dentro de la ceremonia de la confusión que hoy reina en el País de Baroja y de Unamuno. Los herederos del señor Aguirre salieron a la calle con pancartas en las que se leía el lema «Por un Euzkadi libre y en paz». Pero libre ¿de quién? ¿De los asesinatos de E. T. A. y sus impuestos revolucionarios? ¿O de esa bota opresora de Madrid de la que nos hablaba no hace mucho el propio señor Arzallus? El ¡No! rugiente del señor Letamendia es una anécdota, un desahogo personal. Pero la actitud del P. N. V. ante la Constitución es un último eslabón en una constante histórica: el desentendimiento de los nacionalistas vascos ante el comienzo de una aventura común a todos los pueblos de España: la elaboración de una Constitución.

En este momento, los españoles en general creen que los nacionalistas vascos no han querido colaborar en redactar una Constitución para que todo el pueblo español sea soberano, para que la libertad llegue por igual a todos los ciudadanos, para que la igualdad de todos ante la «Ley de leyes» que es la Constitución sea una realidad. No parece sino que los vascos hayan pretendido parcelar algo tan indivisible como es la soberanía del pueblo, obtener libertades singulares y, sobre todo, ser desiguales ante y bajo una ley que a todos nos hace iguales. Pero ¿qué quieren los vascos?, se preguntan hoy los españoles. Porque ¡claro es que hay que respetar las peculiaridades! Y la Constitución las respeta, las respeta hasta pun-

tos en que algunos creen ver el peligro de la desintegración de España. Pero las peculiaridades terminan allí donde todos tenemos que ser conjuntamente soberanos, allí donde tenemos que ser igualmente libres, y allí donde tenemos que ser justamente iguales. Los españoles en general empiezan a creer que los vascos intentan ser soberanos frente a la soberanía de la nación y del pueblo; que se preocupan por «sus» derechos históricos, aunque esos derechos sean inactualizables e incompatibles con la conquista de derechos humanos fundamentales por el hombre de nuestro tiempo, sin preocupación alguna por los derechos que todos debemos alcanzar en la Constitución. Es decir, los españoles en general empiezan a pensar que los vascos han ofrecido un mezquino espectáculo de insolidaridad con los demás pueblos que componen España. O algo mucho más grave: que, más o menos vergonzosamente, no quieren ser España.

Y aquí es donde una antigua y casi mítica admiración de todos los españoles hacia el pueblo vasco se está resquebrajando y viniendo abajo como un castillo de naipes. Desde los resonantes nombres que llenan nuestra historia, hasta los nombres de la «furia española», pasando por los nombres de capitales de empresa que industrializaron aquellas provincias del Norte y que hicieron de ellas las provincias de más alto nivel de vida, los apellidos vascos han levantado siempre una especial simpatía y admiración en los españoles. El centralismo administrativo o algunos criterios políticos habrán podido ser focos de incomprensión hacia el fenómeno, tan peculiar como español, de lo vasco. Pero «lo vasco», desde los platos de su cocina al gol de Zarra, desde las bicicletas al folklore, se ha paseado por España entre el entusiasmo, la confianza y la admiración de los españoles.

Comienza a suceder lo contrario. Estoy convencido de que éste, como otras peripecias del tiempo nuevo, es un fenómeno parcialmente injusto. Ni los nacionalistas vascos representan al pueblo vasco en su totalidad, ni las insolidaridades de algunos grupos pueden ser confundidas con un estado de ánimo general en Vasconia. Allí viven españoles y trabajan españoles que quieren ser españoles y que quieren compartir nuestro destino común. Y que, además, son los primeros que tienen que mantener esas convicciones en circunstancias incómodas —digamos incómodas— y, a veces, heroicas.

Lo que no puede ser es que cada español, como han hecho los nacionalistas vascos, tomen la Constitución a beneficio de inventario. Que a partir de unas concesiones autonómicas sin parangón en ninguna otra de nuestras Constituciones, intenten obtener para ellos más de lo que van a obtener otros países y regiones. Que se queden con los derechos y rechacen los deberes. La Constitución nos da libertad, pero establece los límites de esa libertad. Concede autonomías, pero señala los confines de esas autonomías. La Constitución es una tabla de derechos y de obligaciones. Hay que aceptarla íntegra. No se puede recibir como una herencia ajena: a beneficio de inventario. Porque el inventario de la Constitución arroja, para todos y especialmente para los vascos, un saldo positivo tan importante que todos tendremos que sacrificar algo para obtenerlo.—Jaime CAMPANY.

UN OBRERO DE ORBEGOZO, AMETRALLADO EN LEZO

Fue asesinado por unos desconocidos a la salida de la factoría

San Sebastián, 2. (De nuestro corresponsal.) Unos minutos después de las diez de esta noche ha resultado muerto al ser ametrallado por unos desconocidos, a la puerta de la factoría Orbegozo, de Lezo, el joven de veintinueve años Rafael Recaola Landa.

La víctima salía en esos momentos de su trabajo en la citada factoría y se encontraba solo cuando sufrió la agresión, por lo que se conocen muy pocos detalles de la misma. Dos compañeros de trabajo que venían detrás escucharon las ráfagas y vieron en la oscuridad como partía un automóvil por el camino viejo a Irún. No han podido precisar, sin embargo, más detalles. Al parecer, Rafael Recaola montaba una motocicleta —precisamente esta era una de sus grandes aficiones— cuando fue objeto del atentado.

Rafael Recaola —que llevaba trabajando seis años en Orbegozo— había sido tratado públicamente, en alguna ocasión, de «chivato» de la Policía. E incluso recibió por teléfono alguna amenaza de muerte.

Era natural de Lezo, donde residía —en el número 4 de la calle Mayor— en compañía de sus padres y hermanos, uno de los cuales trabaja también en Orbegozo.

Los impactos de bala, cinco en total, le causaron la muerte instantánea. Uno de ellos en la frente, dos en una pierna, otro en el pecho y el quinto bajo la barbilla. En el lugar fueron encontrados nueve casquillos de la marca FN-Geoc, de nueve milímetros, Parabellum, munición habitualmente utilizada por E. T. A.

Personado el juez en el lugar de los hechos, ordenó el levantamiento del cadáver, que fue transportado al depósito del cementerio de Rentería, donde mañana se le practicará la autopsia.—P. B.

EN UN BAR DE GUERNICA

UN JOVEN. ASESINADO POR UN COMANDO TERRORISTA

Su novia resultó herida de suma gravedad

San Sebastián, 2. (De nuestro corresponsal.) Otro joven ha resultado muerto y su acompañante herida mientras se encontraban en el bar Azul, de Guernica, al dispararles dos desconocidos que penetraron en dicho establecimiento un total de ocho tiros de pistola.

El hecho se produjo sobre las diez y media de esta noche. El muerto es Juan Cruz Hurtado, carpintero, de veinticinco años de edad, natural del pueblecito vizcaíno de Villaro, cercano a Durango, y actualmente residente en Amorebieta.

Los agresores llevaban el rostro cubierto y huyeron nada más cometer el atentado, al parecer sin que mediara palabra alguna con sus víctimas.

En cuanto a la joven se trata de la novia del muerto y fue identificada como Manoli Mosqueda, de veinte años de edad, quien fue trasladada en grave estado al Hospital de Cruces, en Bilbao, donde se le sometió a una intervención quirúrgica de urgencia. Ha recibido, al parecer, dos impactos de bala, uno en el pecho y otro en una pierna. Su estado es muy grave.

El cadáver de Juan Cruz Hurtado, que falleció en el acto, fue trasladado al depósito de Guernica.—P. B.